

LA AMENAZA



LA AMENAZA

ABRASHA ROTENBERG

OBLOSHKA

OBLOSHKA

Dirección editorial: Gastón Levin / Silvia Itkin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,
sobre diseño de colección Estudio ZkySky

Imagen de tapa: Archivo personal Abrasha Rotenberg

© **Abrasha Rotenberg**, 2020
© **Obloshka**, 2020

ISBN: 978-987-47529-0-1

Impreso en Elias Porter y Cia S.R.L.,
en el mes de enero de 2020.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin previo consentimiento del editor/autor.



Rotenberg, Abrasha
La amenaza / Abrasha Rotenberg. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Obloshka, 2020.
336 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47529-0-1

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina Contemporánea.
I. Título.
CDD A863

*Dedico estas páginas a los desaparecidos en la Argentina
y a todos los que fueron asesinados, exiliados,
condenados o castigados sin justicia.*



Este no es un libro. Quien roza sus
páginas toca a un hombre.

Walt Whitman



Índice

I. El manuscrito (marzo, 1985)	13
II. Confesiones (enero-marzo, 1977)	23
III. Génesis (1 de febrero, 1942)	29
IV . Charlas al atardecer (1 de febrero, 1942)	37
V. Amigos (1 de febrero, 1942)	51
VI. Deambulando (lunes 2 de febrero, 1942)	67
VII. El Juez (lunes 2 de febrero, 1942)	76
VIII. Extraño interludio (lunes 2 de febrero, 1942)	84
IX. Sorpresas (martes 3 de febrero, 1942)	95

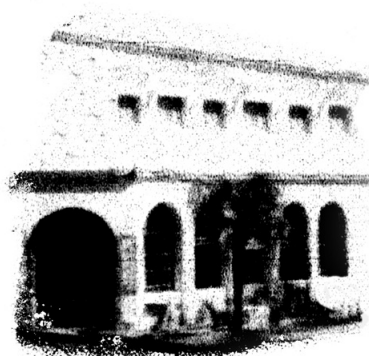


X. Misterios (miércoles 4 de febrero, 1942)	124
XI. El impostor (miércoles 4 de febrero, 1942)	133
XII. Nada (jueves 5 de febrero, 1942).....	142
XIII. La cena del juez (viernes 6 de febrero, 1942).....	155
XIV. La despedida (sábado 7 de febrero, 1942).....	177
XV. El profesor (domingo 8 de febrero, 1942).....	197
XVI. La noche tan temida (lunes 9 de febrero, 1942)	212
XVII. La humillación (martes 10 de febrero, 1942).....	229
XVIII. La gran ilusión (martes 10 de febrero, 1942).....	243
XIX. Al borde del abismo (miércoles 11 de febrero, 1942)	257
XX. Buscado (jueves 12 de febrero, 1942)	272
XXI. El Perro (viernes 13-sábado 14 de febrero, 1942)	283
XXII. Una escena imaginada (junio, 2018)	319
Agradecimientos.....	333



EL MANUSCRITO

(marzo, 1985)



Ese misterio que denominamos destino, hado, casualidad o suerte puede ser el resultado de una multiplicidad de actos humanos que se entremezclan y conducen a una situación imprevisible o, para los creyentes, la consecuencia de una intervención del Altísimo que juega a los dados con nuestras vidas para divertirse o demostrarnos su poderío. ¿Fue una decisión divina o la multiplicidad de voluntades humanas entrecruzadas las que me condujeron al encuentro con lo imprevisto? No conozco la respuesta, pero sí sus consecuencias.

Soy una de las pocas personas que habló con Travin antes de que desapareciera. Tal vez fui el último. Siempre creí que le había salvado la vida, pero ahora, ocho años más tarde, comienzo a dudar. Travin fue un periodista honesto, intrépido e incorruptible, el más brillante de su generación.

El Estudio de mi padre atendía los problemas legales de Travin hasta que yo me hice cargo y me transformé en su asesor. Travin fue el periodista estrella del matutino donde trabajaba, pero tras el golpe militar su presencia resultó problemática y lo despidieron.

La controversia legal y financiera fue superada pero jamás el profundo rencor que el director del periódico guardaba contra Travin desde el día en que lo conoció. El director era el hijo del fundador de la empresa, un gran periodista de quien heredó su patrimonio pero poco de su poderoso talento. Travin lo ridiculizaba con el mote de Incitatus, el caballo a quien Calígula designó como miembro del senado romano.

Incitatus solo superaba a su padre en las habilidades para la intriga. Cuando el 24 de marzo de 1976 se produjo el golpe militar estableció una red de contactos con los miembros más prominentes del gobierno a quienes ofreció su apoyo incondicional. Travin no tenía sitio en ese esquema que imponía un silencio cómplice. Su despido fue inevitable.

Las relaciones de Incitatus con el gobierno (el apodo quedó fijado en mi mente aunque nunca lo verbalicé) le permitieron acceder a informaciones reservadas y al conocimiento anticipado de algunas decisiones cruentas, incluso al nombre de las víctimas.

En el joven director la prudencia y la ética estaban subordinadas al placentero ejercicio de la vanidad. A menudo vaticinaba el futuro de alguien y en pocas horas o días los hechos confirmaban su talento profético. La palabra “justicia” estaba excluida de su vocabulario.

Todos los miércoles me reunía con él en la sede del periódico para estudiar los problemas legales de la empresa. Ese día, 12 de marzo de 1977, una fecha que no olvidaré, discutíamos la situación de algunos periodistas cuando repentinamente, como al pasar, Incitatus comentó con su singular sentido del humor:

—Le voy a dar una primicia: un ex colaborador de esta casa disfrutará unas merecidas vacaciones a cargo del Estado. Me alegra: unos años entre rejas le vendrán bien a quien tanto ha dañado,

ofendido, y desprestigiado a gente honesta. Ahora tendrá mucho tiempo para arrepentirse.

Lo miré sorprendido:

—¿Se trata de una información o de un rumor?

—Yo me baso en informaciones, no en rumores. Usted lo sabe.

—¿Y si en vez de rejas sucede algo peor?

—Todo es posible.

—¿Podemos ayudarlo?

Su sonrisa se transmutó en una mueca de repugnancia, como si se hubiese encontrado con un cadáver putrefacto.

—Es una decisión tomada desde arriba. Ni usted ni yo debemos inmiscuirnos.

—Solo le hice una pregunta.

Incitatus estaba fuera de sí:

—Esa rata judía no ha perdido oportunidad de descalificarme y usted me propone que lo defienda. Ese hombre se ha ganado el odio del país. El día que lo maten será declarado fiesta nacional.

Permanecí en silencio sin saber a qué atenerme.

Incitatus insistió:

—Estimado doctor, le voy a dar un consejo. No se involucre porque se trata de un asunto de Estado y cualquier intervención puede perjudicarnos. El futuro de este hombre está definido: preso o muerto su suerte no me atañe.

Yo estaba perplejo: Incitatus me anunciaba, sin inmutarse, que un ex periodista de su diario sería encarcelado o asesinado por defender sus ideas. Además, demandaba mi silencio y mi complicidad.

Repentinamente cambió de actitud.

—¿Cometí una imprudencia facilitándole una información confidencial sin considerar el incomprensible vínculo que lo une

a este personaje nefasto? Confío en su prudencia porque recibí la noticia de boca del Coronel. ¿Quiere cuestionar una decisión del Coronel? Hágalo, pero antes reflexione varios días y sus noches.

Tal vez Incitatus me mentía pero si el Coronel estaba involucrado nadie podía salvar a Travin. Las decisiones del Coronel eran inapelables.

Incitatus se puso de pie, solemnemente extendió su mano derecha con la evidente intención de estrechar la mía y exclamó:

—Este es un pacto entre caballeros y lo celebramos en medio de una guerra en la cual no tenemos otra alternativa que la de vencer.

Instintivamente, sin poder dominarme, estreché su mano con una desagradable sensación de asco, por él y también por mí.

Salí del encuentro con un sentimiento de pesar. ¿Cómo podía ayudar a Travin sin saber dónde encontrarlo? Hacía mucho que no aparecía por el Estudio ni por el café que frecuentaba.

Decidí que no debía inmiscuirme, que la prudencia era la actitud adecuada en tiempos oscuros, que la suerte de Travin estaba definida y nadie podía cambiarla. Preferí olvidar este asunto, recoger mi coche y dirigirme al Estudio.

El tráfico de Buenos Aires fue siempre desordenado, pero en esa época de controles militares súbitos los atascos eran el pan de cada día. Para llegar a mi Estudio, cercano a Tribunales, entré a la Avenida Córdoba para incorporarme a una caravana que avanzaba a paso de tortuga. Al llegar a la esquina de Florida el tráfico quedó inmovilizado.

Dentro de mi coche yo observaba cómo una multitud cruzaba por Florida sin respetar las indicaciones del semáforo. Todos vivíamos fuera de la ley vial.

Mientras observaba el ajetreo humano tuve una extraña visión: me pareció descubrir a alguien que, a diferencia de la multitud pero rodeado por ella, permanecía inmóvil mientras el gentío avanzaba. Estaba indeciso, inseguro, como si dudara hacia dónde dirigirse. Había adelgazado notoriamente, tanto que comencé a dudar si de él se trataba. ¿Yo era víctima de una visión o el destino me ofrecía una generosa oportunidad?

No pude contenerme y sin pensarlo comencé a vociferar su nombre desde el interior del coche, pero mi voz no le llegaba. Entreabrí la puerta y con todas mis fuerzas volví a gritar. Descubrí su rostro y en su rostro, desconcierto o tal vez miedo. Volví a llamarlo y el hombre, prudentemente, se acercó a mi coche, que permanecía detenido. Su mirada perpleja y desconfiada no excluía una pizca de curiosidad.

Me identifiqué dos veces mientras él me observaba dubitativo con sus ojitos minúsculos enmarcados en unos anteojos poderosos.

Volví a repetirle:

—Soy... su abogado...

Hizo un gesto. Sus labios insinuaron una sonrisa relajada, como si reconocerme le hubiese producido un alivio.

—Súbase al coche. —Le indiqué.

Él dudaba.

Volví a insistir y le señalé que abriera la puerta.

—Entre —dije con un inédito vozarrón autoritario—. Tenemos que conversar.

Enseguida comprobé que el personaje, a pesar de sus adversidades, disfrutaba su estilo. Sin darme tiempo a reaccionar, desoyendo mi indicación de que se sentara a mi lado, abrió la puerta

trasera del coche y ante mi estupor se acomodó detrás de mí convirtiéndome en su chofer.

—Déjeme en Córdoba y Pueyrredón. —indicó solazándose con su travesura.

—Travin, no estoy para juegos infantiles. Y usted, menos. Siéntese a mi lado —grité indignado.

Travin me obedeció y se sentó en el asiento delantero.

—Intenté hacerle una broma, mi estimado amigo. ¿Qué sucede, ha perdido su sentido del humor? —exclamó, campechano.

Le respondí:

—No estamos en tiempos de bromas y lo que voy a contarle no mueve a risa. No me dirijo hacia Corrientes y Pueyrredón. Si le conviene puedo dejarlo cerca de mi estudio, en la plaza Lavalle.

—Ya me las arreglaré. ¿Qué quería contarme? —preguntó.

En ese momento el tráfico se volvió más fluido y comenzamos a avanzar.

—Travin, toda la tarde pensé en usted. Créame, este encuentro es milagroso —dije.

—¿Milagroso encontrarnos en Florida y Córdoba por donde miles de porteños transitan todo el día? —comentó con su ironía habitual—. Si hubiese sucedido en el Polo Norte...

—Digo milagroso porque este encuentro puede salvarle la vida.

Travin me sorprendió con una sonrisa escéptica.

—También a usted le place gastarme bromas, aunque a mí no me ofenden.

—Travin, no se trata de una broma. Le ruego que me escuche. Mi información proviene de fuentes muy, muy fiables. Usted corre un riesgo inminente.

—Desde que nací corro un riesgo inminente.

—¿Tiene su pasaporte al día? —pregunté.

— Como todo argentino previsor.

— Magnífico. Mi consejo es este: pase por su casa, recoja su pasaporte, prepare su valija con lo imprescindible, diríjase al aeropuerto, tome el primer avión que salga del país con destino a Europa y desaparezca sin hacer ruido porque mañana puede ser demasiado tarde. No lo dude: han decidido detenerlo o secuestrarlo y usted conoce las consecuencias. Si lo necesita puedo adelantarle dinero porque sé que usted me lo devolverá.

Travin no me respondió. Permanecía en silencio, reflexionando. Después de una breve pausa escuché su respuesta:

—Estimado doctor, le agradezco su preocupación, pero en cualquier régimen, aún en el más autoritario, existen los intocables. Cuando los alemanes ocuparon París y metieron en campos de concentración a todo el mundo, a André Malraux, un intelectual y luchador antinazi, lo dejaron hacer su vida en paz. Hasta a León Blum, judío y socialista, lo encerraron en una cárcel privilegiada, un castillo, donde fue tratado con respeto. No pretendo compararme con ninguno de estos personajes, pero le aseguro que no se atreverán conmigo.

A pesar de la desesperación que me provocaba la ceguera de Travin, insistí:

—Travin, ¿no comprende que para esta gente no existen los privilegiados? Por favor, escúcheme.

—Si me detienen, a las 48 horas estaré libre. Desde Washington a Moscú los gobiernos, los políticos, los medios y los intelectuales más influyentes del mundo exigirán mi liberación. Hasta el Vaticano se sumará a la demanda. Quédese tranquilo. Nada puede sucederme, nada.

—Usted no los conoce y si los conociera, no los reconocería. No tienen límites. La decisión la ha tomado directamente el Coronel.

Travin me miró sorprendido y con una expresión de desagrado dijo:

—Parece que usted se empeña en ignorar quién soy yo. Se lo diré en pocas palabras: soy intocable, incluso para el Coronel. Conmigo no se va a meter.

—Para ellos usted no es nadie, entiéndalo bien, nadie, solo un ególatra que decidió suicidarse.

Travin reaccionó como una fiera herida. Con la mejor intención tuve la torpeza de desmoronar su soberbia. Me ordenó a los gritos:

—Detenga el coche de inmediato, deténgalo. Usted no sabe nada de mí. Le ordeno que nunca intente salvarme. Ni de un dolor de cabeza.

Su mirada me alteró.

Nos encontrábamos en Córdoba y Libertad y el semáforo estaba en verde, pero detuve el coche a pesar de los bocinazos y los insultos.

—Usted es un desagradecido —respondí—. Alguna vez me voy a divertir leyendo su necrología, si tiene la suerte de que la publiquen.

Al salir del coche un descontrolado Travin siguió gritándome:

—Usted es un imbécil. Váyase al diablo.

Me quedé petrificado, sin reaccionar ni entender qué nos había sucedido. Durante unos minutos estuve sentado dentro del coche, humillado y agraviado. Ni siquiera podía pensar, tan grande era mi angustia. ¿Cómo habíamos llegado a esta locura? ¿Por qué tuve que insultarlo? ¿Por qué esta violencia repentina?

Cuando me calmé y levanté la vista descubrí que Travin no se había movido y permanecía en la esquina. Estaba indeciso frente

a la posibilidad de cruzar la Avenida Córdoba y, tal como sucedió cuando lo divisé en la calle Florida, parecía perdido en el mundo.

Instintivamente bajé del coche y corrí con la intención de ayudarlo, pero Travin ya me había visto y avanzaba a pasos lentos en mi dirección. Sin decir una palabra caminamos juntos hasta el coche. Le abrí la puerta, entró y yo me senté al volante, a su lado.

No era el mismo Travin. El peso del altercado se instaló en su rostro. Con voz queda me dijo:

—Es posible que, dadas las circunstancias, deba irme por un tiempo. Nada me obliga a permanecer en Buenos Aires, y unas semanas en Madrid me vendrán bien. Podría escribir un artículo sobre la situación política española.

Tras unos minutos de reflexión, añadió

—Quizá usted esté en lo cierto: en este país ya no soy nadie. Ni vale la pena que me maten porque ya estoy muerto. Si tengo suerte seré una anécdota en alguna tertulia de periodistas borrachos. Tengo que reconocerlo: me equivoqué de país y tal vez de profesión.

—Partir será para usted un acto de prudencia. Ya volveremos a la normalidad y usted ocupará el sitio que le corresponde.

Travin se mantuvo en silencio. Luego con una delicadeza que no le conocía me dijo:

—Necesito pedirle un favor. Estuve escribiendo un relato sobre mi adolescencia. No se trata de un texto que puede comprometerlo, pero lo quiero preservar y dejarlo en sus manos hasta que vuelva. Y si no vuelvo entréguelo a nuestro amigo, el editor, para que haga con él lo que le plazca.

—¿Un manuscrito?

—Es la primera parte de una trilogía. La segunda parte será un relato sobre mi experiencia periodística. Más de un político

temblará al leerlo pero este texto es anecdótico y se refiere a mi familia. Nada comprometido. Le doy mi palabra.

—Le creo. ¿Dónde lo tiene?

—En mi casa. Cerca de Malabia y Camargo.

—¿En Villa Crespo?

—El barrio de mi infancia.

—Vamos a buscarlo. ¿La Policía sabe dónde vive?

—No lo dudo pero nunca me han molestado. Tampoco me siguen ni me controlan. Circulo libremente por las calles a la vista de todo el mundo.

—Le aseguro que su situación ha cambiado.

Estuvimos sin hablar el resto del viaje hasta que Travin me pidió que detuviera el coche en una esquina sin indicarme donde vivía. Al rato volvió con un sobre cerrado.

—Aquí le entrego mi manuscrito. Si no vuelvo en un tiempo prudencial, puede leerlo.

Y tomándome de la mano, a modo de despedida, agregó:

—La semana próxima me voy a Madrid.

—¿La semana próxima? Usted no me entiende. Tiene que irse esta noche. Su tiempo se acaba.

Travin sonrió, y volvió a ser Travin

—Me voy porque usted me lo pide —comentó con suficiencia—, pero estoy convencido de que exagera. A nadie le intereso. Me convertí en un periodista mudo e invisible. Ya no existo.

—Exista o no, le recomiendo que se tome unas prolongadas vacaciones —respondí.

—Gracias por el consejo. —Fueron sus últimas palabras.

Nos separamos en silencio. Todo estaba dicho.

Nunca volvimos a vernos.